Real Academia de San Dionisio

REFLEXIONES SOBRE EL PERFUME DE LA YERBAGÜENA

Juan de la Plata

He escrito mucho estos días y he investigado, sobre la vida y el arte de la singular artista jerezana, Lola Flores. He resaltado su deslumbrante personalidad y he defendido su jerezanía, con la misma pasión que ella la proclamaba a boca llena. Y debo confesar, por adelantado, que nunca fuí un lolaflorista a ultranza, ni me honré con su amistad. Apenas cruzamos tres o cuatro cartas en toda nuestra vida, a pesar de organizarle dos actuaciones en Villamarta. Una en Navidad, para los pobres, y otra en la Fiesta de la Vendimia, no importa ahora en qué años. En esas dos ocasiones, apenas intercambiamos alguna que otra palabra, que no fuera de mera cortesía o relacionada con su trabajo en ambas funciones. Es más, fuera de sus bailes y canciones, sus programas en Televisión, de los últimos años, si debo ser sincero, nunca me gustaron.

Ahora, sin embargo, bien sentadas estas premisas, mis sentimientos hacia Lola Flores, siempre fueron de admiración, de simpatía y de respeto, hacia quien supo hacerse a sí misma, hasta alcanzar la más alta cumbre artística de España, labrándose su propio pedestal. Desde esta postura respetuosa, quiero reflexionar aquí y ahora, sobre el perfume de la yerbagüena, así en castizo andaluz, que tan inconmensurable artista ha querido dejarnos, en los últimos instantes de su adiós definitivo, tal como hace años la vislumbrara el poeta José Antonio Ochaíta...

...entre la albahaca
y la yerbabuena,
la Lola canta
saetas...

coplas que por cierto nunca cantó, porque Lola cuando estaba ante su Cristo, ante su Prendimiento o el Gran Poder, solo sabía rezar y llorar. Pedir por ella y por los suyos.

Toda España y más de medio mundo, sabía quien era Lola. Pero, como los Machado, tal vez alguien, en algún oscuro rincón de la tierra, remoto y desconocido, al leer su nombre en un periódico, oirlo por la radio o verla ya, ~~tan apagada~~ enferma, en la pantalla de un televisor, se habrá preguntado, verdaderamente intrigado:

Y esta Lola quien será,
que así se ausenta,
dejando a España tan ~~marchita~~ sola?

cuando se vá...

Estos días de su muerte, muchos escritores, periodistas, poetas, artistas y hasta políticos han hablado de Lola, han opinado sobre la que fuera llamada "Lola de España"; pero, ¿de verdad que la conocían? ¿Sabían, unos y otros, quien y como era Lola? Aquí, ante esta incognita, ante la pregunta de "esta Lola quien será", quisiera yo ver a los más grandes filósofos y sociólogos modernos, intentando desenredar la madeja de los más hondos misterios de esta mujer sencilla, del pueblo, que se nos acaba de marchar; aunque no sé si para siempre.

Yo simplemente, con mis pocas luces, voy a intentar reflexionar esta noche, al hilo de su muerte, atraido y sobrecogido por algo tan inesperado como el perfume de esa matita de yerbagüena, que la artista quiso que los suyos pusieran en sus manos, cuando ya estaba de cuerpo presente en ese ataud, o barca de Caronte, que se la llevó de Madrid al Cielo, pasando por esa otra galaxia de la que ella decía y aseguraba haber descendido, hacía miles de años.

¿Quien era esta Lola, cómo era esta mujer que tanto amó y que tanto arte derrochó, y tanta generosidad repartió, a manos llenas? Para definir su personalidad arrolladora, todos los adjetivos más encomiásticos de nuestra lengua han sido ya agotados. ¿Qué decir de Lola que suene a nuevo? Difícil papeleta. Desde mis limitaciones, Lola se me aparece, se me apareció siempre, como una mujer mucho más simple de lo que parecía, vista en lo alto de ese monumento que todos le hemos levantado en nuestra imaginación, cantando "La Zarzamora", con su bata de cola, su mantón y su abanico en la mano derecha, ~~levantado y~~ moviendolo como una bandera. Ella misma, mejor que nadie, al irse por la puerta grande de este mundo, nos lo ha dejado dicho con sus pies y con sus manos. Esos pies que tanto atronaron los tablaos y esas manos, tantas veces cantadas por los poetas. Manos que, como dijo Pemán,..

De pronto se vuelven lirios,
luego dos llamas, dos cirios,
dos cuellos de gallareta.
Y alas que quieren volar
y enrabiar
el aire claro y sereno.
¡No las sabría pintar
el que inventó lo moreno!

¡Las manos de Lola Flores! Y para el último viaje, los pies descalzos, como los hijos de la mar, según pedía Antonio Machado.

En tierra, quedaron las batas de cola, los abanicos, las castañuelas, los zapatos para taconear, las alhajas y finos collares. Solo quiso un ramito de yerbabuena -- yerbagüena --, como ligero equipaje, para el camino.

Ese ramito de yerbagüena que tan simbólico, me ha parecido a mí, porque su perfume silvestre sustituía definitivamente al Chanel nº 5 y a los más ricos perfumes de Christian Dior. La yerba del color de los viejos gitanos, que iban por el monte solos. La yerba de la menta, con aromas de tierra recien regada, a la verita de un pozo. Y Lola, queriendonos decir con ello, que se iba como una gitana; descalza y agarrada a la esencia de esa yerba de guisos y pucheros, con la que se sentía más pueblo que nunca, más humilde que nunca; ella que hizo de su vida un márketing constante, para su arte; para estar siempre en candelero, en las portadas de todas las revistas y en la cima de la popularidad. Mujer-anuncio de ella misma y de su gente, siempre con el reclamo a flor de labios, para no morir en el olvido.

¡Qué suprema lección, amiga mía, a última hora, en el último instante! ¡Qué ejemplo, a la hora de marcharse; queriendose quedar envuelta en bálsamos, bajo el simple perfume de un ramito de yerbagüena, con el que nos decía adiós, con la mano! Ni Gustavo Adolfo Bécquer, hubiera imaginado imágen más romántica que esta de Lola; él, que escribió aquello tan terrible de...

En el carro de los muertos,
pasó por aquí;
llevaba la mano fuera,
por ella la conocí.

Tal vez, Lola fué siempre ingénua, como una niña; demasiado infantil, en muchos de sus planteamientos, ante la vida. Pero, como mujer del Sur, fué enormemente sabia e intuitiva. Y lo que pudiera haber tenido de gitana, apenas un cuarterón, o menos, por vía materna, la hacía tener esa genialidad, ese fuego y esa pasión desbordante, ese orgullo de raza y esa manera tan personal de concebir la vida, a su manera. Una vida, en la que arte y amor --sin los que no podía vivir-- se dieron siempre la mano; porque Lola al mismo tiempo que se entregaba totalmente, a los suyos y a los demás, tambien exigía que se le pagara en la misma moneda. Necesitaba amar, permanentemente, y necesitaba sentirse muy querida, tambien siempre.

La yerbabuena --yerbagüena-- en las manos de Lola, es el símbolo de su identificación total, con esta tierra y con su gente. La síntesis de su raíz gitana, de su amor por lo gitano. De ahí su identificación con la poesía lorquiana; con todo lo que fuera gitano. Y tambien su amor por su tierra andaluza, por su Jerez, muy especialmente.

¿Pero, era Lola Flores, gitana, como ella misma proclamaba? Me decía a mí el cantaor Pepe Pinto, en cierta ocasión, que no es solo gitano, aquél que nace de madre gitana; sino que tambien lo es el que lo siente; y que, ese, es gitano para siempre. Y eso le pasaba a Lola, que no tenía más sangre gitana, que la que pudiera haber heredado por parte materna, vaya usted a saber en qué proporción; más bien escasa, por supuesto. Y nada de verdad tiene esa leyenda, que alguna vez corrió por Jerez, hace mucho tiempo, de que Lola fué el resultado de unos amores secretos y prohibidos de su madre, con un famoso gitano del Matadero, cuyo nombre y apellidos me reservo. Pura fantasía popular y nada más lejos de la realidad, si tenemos en cuenta que Lola Flores nació exactamente, matemáticamente, a los nueve meses y dos días del casamiento de sus padres, en la iglesia jerezana de San Marcos; como ya publicaba el pasado domingo, en mi "Retablo" del Diario de Jerez. Ni Lola era gitana, ni nació en Sanlúcar. Pudo haber tenido un ramalazo de gitana; eso sí. Y, sobre todo, una gran inclinación y un cariño enorme por esa raza, que tanto amaba y defendía, siempre y en todo lugar. Si eso la hacía más gitana, Lola era gitanísima por todos sus cuatro costados. Y en la misma medida que ella amaba a los gitanos, los gitanos le correspondían. Esa es la pura verdad. Lo demás son fábulas.

El perfume de la yerbabuena -- yerba, la más buena--, en las manos de Lola, nos ha traido estas reflexiones. Es tarde y no hay tiempo para extendernos en más consideraciones, sobre su personalidad humana y sobre el arte que la situó en la cumbre de los elegidos; en el olimpo de los dioses; y en el corazón de los españoles. Habría que ser sociólogo, o filósofo, a lo Unamuno, o a lo Ortega y Gasset, para poder desentrañar y analizar su fuerza y su poderío vital; su transcurrir por este mundo; su lucha salvaje por sobrevivir; esa garra y ese coraje de vivir que tanto se le aplaudió en vida, sobre todo en los últimos tiempos. Ella sabe —sabía— que la mantendremos viva en la memoria de nuestro pueblo, durante mucho tiempo, tal vez siglos.

Y, alguna vez, así que pasen muchos años, ya convertida en leyenda, alguien podrá contar su historia, diciendo una vez más: En Jerez, nació un torbellino de colores, al que pusieron por nombre Lola Flores. Se bautizó con manzanilla y su padre fué el sol y su madre, la espuma del mar...
¡Era una maravilla!